

ELLE AYCART

HASTA
☆ el
FONDO



Hasta el fondo

Elle Aycart

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

Título original: *Deep Down*

© Elle Aycart, 2016
© por la traducción, Lara Agnelli, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Mountain beetle y Yury Horyd Shutterstock

Primera edición: marzo de 2016
ISBN: 978-84-08-15105-0
Depósito legal: B. 1.843-2016
Composición: Tiff i Text, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



—Esto no va a salir bien, abuela —protestó Mike, saliendo del vestuario del centro comunitario pertrechado sólo con el bóxer y una mirada amenazadora que, como siempre, no causó ningún efecto en la anciana.

—Bobadas. Las chicas te esperan ansiosas. ¡Andando! —dijo ella al tiempo que lo empujaba pasillo abajo.

«Y yo que pensaba que esto era una mala idea —se dijo Mike—. Me quedaba corto. ¡Es una idea de mierda!»

Su abuela llegaba apenas al metro cincuenta y pesaba unos cuarenta y cinco kilos. Mike no entendía de dónde sacaba las fuerzas para desplazarlo. ¡Si iba arrastrando literalmente los pies!

—Además, prometiste que lo harías —insistió ella.

Mike resopló.

—No lo hice. Te prometí que te ayudaría con los cursos para jubilados. Y me refería a llevarte en coche a los sitios, acompañarte a hacer compras y cosas así. No accedí a posar como modelo para tu clase de pintura sobre anatomía masculina. Sabes de sobra lo ocupado que estoy.

Mike había dejado de trabajar como capataz hacía varios años para ocuparse del gimnasio familiar junto a su padre. Además, el mes anterior, Cole se había ofrecido a reparar la biblioteca del pueblo gratis, y Mike lo ayudaba siempre que podía. Entre las obras, el gimnasio y las clases de artes marciales que daba por las tardes, no tenía ni una hora libre. Y no le daba la jodida gana de malgastar de ese modo lo poco que quedaba del verano ahora que la biblioteca estaba casi lista.

—¿No podríais usar..., qué sé yo..., una estatua? O mejor aún: un cuadro. Hay un montón de libros con ilustraciones y...

—Mike, es una clase de anatomía masculina *al natural* —lo in-

terrumpió la mujer subrayando las últimas palabras—. Además, uno nunca está demasiado ocupado para ayudar a su abuela.

«Bueno, depende de lo loca que esté la abuela de uno, ¿no?»», se dijo él.

—Y ¿qué me dices del señor Honbacker o del señor Stilt, el que viene a las noches de bingo? —preguntó Mike—. Seguro que ellos tienen más tiempo que yo y estarían encantados de colaborar.

Su abuela chasqueó la lengua.

—La idea de estas clases es que los mayores pasemos un buen rato. Sabemos que tenemos un pie en la tumba, así que no hace falta que nadie nos lo recuerde. Ya nos vemos en el espejo cada mañana, cielo. Además, la próstata del señor Stilt está haciendo el tonto otra vez por lo que no podría permanecer quieto durante quince minutos ni que lo mataran. Y respecto al señor Honbacker... —añadió bajando el tono de voz—, tuvo un... rollito con Greta y ahora no se hablan. Creo que por una cochinado que le hizo con la dentadura postiza.

«Oh, no.» Mike no iba a ser capaz de quitarse esa imagen de la cabeza aunque viviera cien años. Ésa era su recompensa por ser un buen nieto: daño cerebral permanente.

—Tú, en cambio, eres un espécimen sin defectos, en la flor de la vida —siguió diciendo su abuela al tiempo que lo agarraba del brazo y le apretaba el bíceps con entusiasmo—. Guapo y fuerte. El perfecto *David* de Miguel Ángel.

Mike se volvió hacia ella.

—¿Estás de broma? Vamos, hombre. ¿En qué me parezco al *David* de Miguel Ángel?

Ella reflexionó mientras paseaba la vista por sus músculos y sus tatuajes antes de volver a mirarlo a la cara.

—Bueno, en el pelo no. Tu pelo no es rizado.

Mike puso los ojos en blanco. Su abuela era única fijándose en los detalles más insignificantes.

No es que no tuviera el pelo rizado; es que lo llevaba tan corto que parecía que no tuviera pelo. Además, estaba lleno de tatuajes; pesaba casi ciento diez kilos y, tras una vida practicando artes mar-

ciales en el gimnasio, su cuerpo no se parecía en nada al de un muchachito afeminado.

—Eres un tipo un poco más duro que el *David* de Miguel Ángel —admitió su abuela al fin—, pero servirás perfectamente, estoy segura. Las chicas estarán encantadas.

«Por el amor de Dios...»

—Te recuerdo que soy tu nieto, y tú estás vendiéndome como si fueras mi chulo. ¿Te parece bonito?

—Venga, alérganos el día. Somos un montón de octogenarias. La mitad estamos cegatas; la otra mitad ya no se acordará mañana de lo que ha hecho hoy. Tú sólo tienes que posar. Las chicas propusieron untarte el cuerpo con aceite para resaltar los músculos, pero no se pusieron de acuerdo en quién debía ponértelo, así que lo veté. No hay aceite.

—Joder —murmuró Mike, clavando los pies en el suelo.

«¡Pero qué mierda!» Eso le pasaba por seguirle la corriente a su abuela con sus chifladuras, por no plantarse a tiempo. Como cuando le dijo que las chicas necesitaban clases de defensa personal, que necesitaban estar preparadas para lo que fuera. ¿Preparadas para qué? ¿Qué pensaban hacer las abuelas? ¿Pasear por la zona sur de Boston como si fueran un grupo de *hooligans* a la salida de un partido? Teniendo en cuenta su edad, si alguien trataba de atracarlas, lo más sensato sería que entregaran el bolso sin resistirse. Mucho más seguro que arriesgarse a tener una lesión, pero, claro, su abuela no había estado de acuerdo. Por eso ahora cada martes había una clase de defensa personal para jubilados en el gimnasio, donde se suponía que él tenía que enseñar a esas encantadoras damas cómo derribar a un potencial atacante sin romperse ningún hueso.

—Vamos, Mike, sabes que somos inofensivas.

«Sí, inofensivas que te cagas.» Mike habría preferido enfrentarse a un sanguinario pelotón de fusilamiento o, mejor aún, al increíble Hulk en una pelea callejera sin reglas que tener que lidiar con el chantaje psicológico de Las chicas de oro de Alden (que era el nombre que su abuela y sus compinches, Greta y Wilma, usaban en su grupo de mensajería móvil). Al lado de esas entrañables an-

cianitas, las bandas mafiosas de Al Capone o Lucky Luciano eran una pandilla de instituto.

—Además, has salido con tantas mujeres que estoy segura de que la mitad de Estados Unidos te ha visto desnudo. ¿Qué más te da que un atajo de abuelillos te vean en calzoncillos? Anda, mira, he hecho un pareado. Bueno, casi. Tengo que recordarlo para la clase de escritura creativa. Quiero escribir mis memorias.

—¿Tus memorias? —repuso Mike—. Y ¿necesitas aprender escritura creativa para eso?

Su abuela trató de aguantarse la risa sin mucho éxito.

—No te lo creerías.

Mike tomó la decisión de sobornar al señor Bowen la próxima vez que fuera de visita. Le pagaría lo que fuese para que llevara a su abuela al Eternal Sun Resort de Florida. Por lo que había oído, la residencia de ancianos estaba perfectamente equipada para que la mujer estuviera entretenida sin ser un peligro para el resto del mundo.

Pero mientras tanto, debía minimizar los daños.

—Abuela...

Al darse cuenta de que su nieto estaba buscando la manera de huir, la anciana sacó su artillería pesada.

—Me lo prometiste, Mike. No puedes romper una promesa y menos a mí. Podría caer muerta en cualquier momento y tendrías que cargar con la culpa de haberme roto el corazón durante el resto de tu vida.

«Dios mío, dame paciencia.»

—Por favor, abuela. Llevas veinte años usando eso de que «podría caer muerta en cualquier momento» para salirte siempre con la tuya.

Ella se encogió de hombros.

—He tenido suerte, pero es evidente que se me acaba el tiempo. La probabilidad de que la espiche aumenta cada día. Yo que tú no me arriesgaría.

Ya. Su abuela estaba en una forma asombrosa, no sólo para su edad, sino también para una mujer diez años más joven.

—Eres una chantajista desvergonzada —murmuró Mike

mientras se acercaban a la sala, de donde salía el sonido de una charla muy animada—. Nada de aceite. Y nada de frotamientos. Maldita sea, que no me pongan las manos encima. Y el bóxer no se mueve de donde está, ¿queda claro? —No estaba seguro de si el *David* de Miguel Ángel llevaba algo cubriéndole el paquete, pero Mike sospechaba que no, y no pensaba arriesgarse.

La anciana le dio unos condescendientes golpecitos en la mano.

—Por supuesto, querido. No tenemos ninguna intención de hacerte sentir incómodo.

«¿Ah, no? Pues qué raro.» Porque Mike no había dejado de sentirse incómodo desde que había entrado en el local social del pueblo.

—Y, bueno, aunque es verdad que ninguna de nosotras ha practicado sexo durante este siglo, dudo que tengas nada debajo de ese bóxer que no hayamos visto antes.

Mike se atragantó. Él no estaba tan seguro de eso.

Lo primero que vio al entrar en la habitación fue un trasero con forma de corazón perfectamente definido que le daba la bienvenida, cubierto sólo por un *culotte* que dejaba la parte inferior de las nalgas a la vista.

«Bueno, tal vez no haya sido tan mala idea después de todo.»

La chica estaba inclinada, así que no podía verle la cara, pero lo poco que mostraba ella era muy prometedor.

—Pensaba que necesitabais un modelo para la clase de anatomía masculina —susurró Mike, levantando el mentón para saludar a la cuadrilla de pelo azul que formaban las amigas de su abuela.

—No, necesitábamos a un modelo masculino para la clase de anatomía.

«Pues haber empezado por ahí», pensó él. Habría sido un buen incentivo. Aún estaba enfadado por haber aceptado pasar los miércoles posando en ropa interior —o eso esperaba, lo cierto es que no acababa de fiarse—, pero al menos no estaría solo durante la tortura y podría alegrarse la vista.

No obstante, cuando vio que su abuela bajaba la mirada incómoda al suelo, su optimismo cayó en picado.

«Oh, oh... Algo huele muy mal aquí.»

Antes de poder preguntarle qué pasaba, la dueña del glorioso culo se incorporó, se volvió y el corazón de Mike se le instaló en la garganta y se detuvo.

Se quedó petrificado, porque allí mismo, vestida sólo con ese *culotte* sexi como una cosa mala y un sujetador deportivo que dejaba a la vista un cuerpo curvilíneo, tonificado y delicioso, estaba Kyra, una Kyra que parecía tan sorprendida como furiosa.

Su Kyra.

«No», rectificó Mike. Ya no era su Kyra.

Instintivamente dio un paso atrás, el aire se había enrarecido tanto que costaba respirar.

Kyra había regresado a Alden hacía poco más de un mes, y eso era lo más cerca que él había estado de ella en ese tiempo. Mucho más cerca de lo que quería.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó a su abuela con un gruñido mientras la arrastraba hacia el pasillo.

Cuando le pareció que ya no podían oírlos, Mike se detuvo y se volvió hacia ella con la mandíbula tan apretada que le costaba articular palabra.

—¿Estás loca?

Ella se quedó pensando unos instantes antes de responder:

—¿Es una pregunta trampa? Porque te advierto que mi admisión no tendrá validez legal, por si acaso estás pensando en algo raro.

Él la ignoró.

—¿Kyra? ¿En serio? —A Mike le dio rabia oír la amargura que teñía su voz, pero no pudo evitarlo.

La abuela se encogió de hombros.

—Yo no he tenido nada que ver en eso. Yo era la encargada de traer un modelo masculino, ha sido Greta la que ha traído a Kyra.

Claro. Y Mike debía creerse que su abuela no tenía nada que ver con que ella estuviera allí, cuando todo el mundo sabía que ella, Wilma y Greta estaban más unidas que los Tres Mosqueteros.

—No pienso hacerlo —espetó—. No me da la gana.

—¿Qué problema hay? Me dijiste que lo habías superado.

Pues claro que lo había superado.

Lo había superado del todo, pero eso no significaba que le apeteciera pasar tiempo a su lado. Entre otras cosas, porque verla o simplemente oír su voz le provocaba un dolor intenso que se le clavaba en el pecho, y teniendo en cuenta lo hecho mierda que lo había dejado años atrás, le daba muchísima rabia. Pero claro, no iba a contarle eso a su abuela.

Lo malo era que su abuela no necesitaba que le contara nada, ya que para ella era un libro abierto.

—Pensaba que podríamos llevar esto como personas maduras —la oyó decir.

«¡A la mierda la madurez!» Mike no iba a quedarse allí ni un minuto más.

De no ser porque le había prometido a Cole que lo ayudaría con la reforma de la biblioteca, se habría largado de Alden el mismo día en que ella había puesto un pie en el pueblo. Aunque, pensándolo bien, su padre no podía llevar el gimnasio él solo, así que estaba atrapado.

Desde el regreso de Kyra, por una razón puramente de supervivencia, se había convertido en un experto en evitarla, lo que en un lugar tan pequeño como Alden era una jodida hazaña. Posar a su lado durante dos horas en un espacio tan reducido sin posibilidad de salir huyendo haría saltar por los aires las frágiles murallas que había levantado alrededor de su corazón, por no hablar de los destrozos que iba a causarle a su ya deteriorada salud mental. No podría hacer nada más que contemplarla; observar esos preciosos ojos grises que, en otro tiempo, solían ser lo primero que veía al despertarse. Y esa boca exuberante, de labios carnosos, que solía pasarse horas besando. Y ese cuerpo con forma de reloj de arena con el que tanto le gustaba follar.

—Abuela, yo...

La anciana suspiró.

—Lo entiendo. Si no puedes soportarlo, no puedes soportarlo. Entraré ahí y les diré que no te ves capaz de hacerlo; no tienes por qué sentirte menos hombre por eso. Es normal que todavía te haga sufrir, mi niño —dijo dándole unas palmaditas en el pecho—. Nadie te lo tendrá en cuenta.

Mike soltó un gruñido de exasperación. Fantástico, lo que le faltaba. Ahora todos pensarían que era un nenaza.

Bueno, había cosas peores en la vida que ser considerado un cobarde, incluso para un luchador como él. En ese mismo instante no se le ocurría nada, pero seguro que había cosas peores.

Dio media vuelta y echó a andar en dirección a la salida.

—Michael Haddican, si te vas tendremos que cancelar la clase, probablemente el curso entero. Y, si se cancela el curso, ella no cobrará nada. Necesita el dinero, es que está muy apurada, mi niño. Dentro de dos días...

—No quiero oírlo —replicó Mike con dureza, apretando los dientes.

No quería oír ni una jodida palabra más. Ni una sola. Verlas a ella y a Sam ya era lo bastante duro, no le hacía falta una banda sonora acompañando esas imágenes, muchas gracias.

Logró dar cuatro o cinco pasos más antes de detenerse y soltar un gruñido furioso.

—Mike, por favor —oyó decir a su abuela.

Él agachó la cabeza.

«Coño, mierda, joder.»

Odiaba que lo manipularan, pero ni aunque lo amenazaran de muerte podría largarse de allí sabiendo que sería el responsable de que la situación de Kyra fuera aún más difícil de lo que ya era. Lo que no entendía era por qué seguía preocupándose por ella después de todo lo que había pasado. Bueno, en realidad sí que lo entendía; era un gilipollas que necesitaba que le hicieran una lobotomía de urgencia.

Tras una larga pausa, aún de espaldas a su abuela, murmuró:

—Pensaba que me habías dicho que era un trabajo de voluntariado, que no pagaban nada.

—Para ti lo es. He donado tu paga a la iglesia.

Mike sacudió la cabeza. Ya empezaba a arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

Que Dios se apiadara del pobre desgraciado al que le tocara luchar con él más tarde en el gimnasio; tendría tanta agresividad acumulada que lo dejaría hecho pedazos.

Finalmente, se volvió hacia su abuela.

—Sólo por esta vez —dijo con tanta firmeza como pudo—. Más te vale encontrar un sustituto para la próxima sesión. No me importa si tienes que apañártelas con el señor Honbacker y sus dientes pervertidos o con el señor Stilt y su próstata. O consigues a alguien para la próxima sesión o se cancelará el curso, ¿está claro?

Su abuela le dirigió una sonrisa radiante.

—Está claro. ¡Muy claro!

Tras respirar hondo, Mike volvió a entrar en la sala.

Podía actuar como una persona madura.

O eso esperaba.

En cuanto volvió a ver a Kyra, su miembro despertó. ¡Por todos los santos! ¿Es que el muy cabrón no tenía ni una pizca de dignidad?

Al parecer, no.

Con una lobotomía no sería suficiente, iban a tener que castrarlo para asegurarse.

La voluptuosa mata de pelo negro de Kyra estaba recogida en un moño informal, sujetado de cualquier manera con dos palitos de madera. A la mitad de sus antepasados, que eran de origen hispano, les debía la piel morena, la melena negra como el azabache y los ojos almendrados. No eran negros, sino de un gris ahumado que le daba un aire aún más exótico.

Se quedaron mirándose el uno al otro durante un instante eterno.

Para Mike no había una mujer más hermosa en todo el mundo.

¿Cómo carajo iba a aguantar la sesión?

—Mike —lo saludó Kyra, muy tensa.

Ella no estaba más satisfecha que él con la situación. Estaba rígida como una tabla y miraba hacia la puerta como si quisiera salir huyendo en cualquier instante. Pero Mike sabía que no lo haría, ya que, al igual que él, Kyra siempre había sentido debilidad por su abuela. No importaba lo mucho que necesitara el dinero; ya habría salido corriendo de allí si las tres abuelas mafiosas no estuvieran

involucradas. Aunque tal vez se equivocaba. ¿Quién coño conocía a la Kyra actual? Porque, desde luego, él no. Se preguntó si alguna vez la habría conocido de verdad.

Mientras trataba de quitarse esas ideas de la mente, la saludó con una inclinación de la cabeza. Su polla lo imitó.

«Dios.» Tenía que salir de allí.

Mike miró de reojo a su abuela, que estaba sonriendo sin ningún tipo de disimulo. Wilma y Greta, sus compañeras de fechorías, también sonreían.

—Venga, vamos a meterle caña a esto —dijo la perversa mujer, agarrando a su nieto del brazo y empujándolo hacia adelante—. Colócate aquí, frente a Kyra.

Mike alzó la vista, vio a Kyra un momento y su miembro volvió a saludar. «Oh, mierda.» Ese bóxer no era una barrera lo bastante fuerte; iba a empezar a convertirse en una tienda de campaña en tres, dos, uno...

«La humillación pública entra en escena.»

Bueno, si su polla salía disparada por encima del bóxer y las amigas de su abuela sufrían un ataque al corazón colectivo, él se lavaba las manos. Sería culpa de su abuela y de nadie más. Aunque enviar a todas las ancianas de Alden a urgencias a la vez sería una manera horrible de acabar el miércoles; sus amigos se lo estarían recordando durante el resto de su vida.

Mike respiró hondo, rebuscó en ese lugar escondido donde guardaba todo el dolor que Kyra le había causado y lo liberó, permitiendo que los recuerdos le inundaran la mente y de inmediato sintió que su pene se batía en retirada.

«Bien.»

Estaba preparado.

«Oh, Dios mío.» Estaba volviendo. Mike entró en la sala como una pantera acorralada, enseñando los dientes, con el cuerpo en tensión y todos los músculos marcados.

Era imponente.

Kyra había estado a punto de caerse de culo cuando lo vio en-

trar, pero gracias al entrenamiento que tenía en no mostrar sus emociones, había logrado mantenerse en pie.

Estaba sonriendo. Mostraba una de esas sonrisas perezosas, interminables, que tanto le gustaban de él. Hasta que la vio. En ese instante, su sonrisa desapareció tan deprisa como el brillo de sus ojos, su mirada se volvió hueca y apretó con tanta fuerza la mandíbula que a punto estuvo de partirse en varios trozos.

Kyra deseó salir huyendo igual que había hecho él, y no sólo de la habitación, sino también del pueblo y del estado. Quería huir de su puñetera vida, pero no podía; tenía que pensar en Sam.

Necesitaba el dinero, así que escondió las manos temblorosas detrás de la espalda, respiró profundamente y recordó aquel momento en que Mike la había mirado a los ojos y le había destrozado la vida. La furia se apoderó de ella y le permitió enderezar la espalda. Sus manos dejaron de temblar.

«Bien.»

Estaba preparada.